

# ACRACIA

REVISTA SOCIOLÓGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Octubre de 1886

Año I

N.º 10

La correspondencia administrativa y de redacción diríjase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

## MEDIO SIGLO DE PARLAMENTARISMO

CUANDO, realizada la revolución francesa, vinieron á España, á la par que los ejércitos invasores, las ideas liberales, la juventud ilustrada aceptó con entusiasmo aquellas ideas destinadas á regenerar la sociedad española, llegada ya á la suma decadencia como consecuencia natural del absolutismo.

Aquella juventud comprendió que, al destruir el antiguo régimen político, era preciso abrir nuevas vías para alcanzar una transformación político-social con arreglo á un ideal de justicia, y adoptó el parlamentarismo y se denominó progresista.

El parlamentarismo, pues, debió ser un régimen de interinidad que satisficiera el doble objeto de llenar las condiciones y las exigencias de la vida práctica y elaborar paulatinamente las reformas futuras; era conservador, por cuanto dejaba subsistir lo bueno del pasado; positivista, porque atendía á las necesidades del presente; progresivo, porque aceptaba y planteaba los progresos teóricos elaborados por el pensamiento.

Pasaron multitud de vicisitudes políticas: los obcecados é interesados por lo antiguo suscitaron todo género de dificultades, contándose entre éstas desde la intriga á la sangrienta guerra civil, y los progresistas, que asumieron la gran responsabilidad de facilitar el trabajo del progreso, se estancaron en el más repugnante doctrinarismo y pretendieron eternizar al país en irracionales fórmulas políticas que, lejos de inspirarse en generosos y científicos ideales, sólo obedecían á mezquinos intereses de los diferentes jefes de los partidos liberales.

Las constituciones políticas, aunque respondiendo á tan pobres fines, distaron mucho de alcanzar la perpetuidad que soñaron sus autores; por eso vemos que en poco más de medio siglo de parlamentarismo se han elaborado en España las siguientes Constituciones: la de 1812, restaurada en 1820 y 1836; la de 1837, la de 1845, la de 1855, la de 1869, la de 1873 y la de 1876 hoy vigente. No hemos alcanzado en esto á los franceses que desde 1789 al presente han promulgado 16 Constituciones.

Se adelantaron á la cultura de su tiempo los que declararon que la nación no era patrimonio del monarca; se acreditaron de precabidos los que decretaron la desamortización en beneficio de la clase media; viven ya fuera del siglo los que quieren perpetuar el salario dentro de la futura república, prometiendo que la *república garantizará la justa cifra de los salarios*.

Porque eso es la burguesía: en el principio, entusiasta, se sacrifica por

la libertad; en el medio, egoísta se aprovecha de los beneficios de la revolución, y en el fin, hipócrita, quiere perpetuar sus privilegios distra- yendo á los trabajadores con fantásticos ideales.

Paralelo al desarrollo político de la burguesía se ha desarrollado el militarismo, que ha dado á nuestro país una celebridad especial y que alternativamente sirve á la revolución para viciarla y á la reacción para debilitarla.

Hoy que los últimos sucesos nos proporcionan oportunidad, reprodu- mos, tomado de *Garibaldi, historia liberal del siglo XIX*, la lista de los pronunciamientos verificados en los últimos setenta años:

En 1814, al volver Fernando VII del destierro, el jefe militar de Tarragona proclama á Fernando rey absoluto.

En el mismo año el general Mina intentó una sedición militar para restable- cer la Constitución.

Poco después seguían su ejemplo los generales Lacy y Porlier, que, poco afortunados, pagaron con la vida su derrota.

A principios de 1820, Riego, Quiroga, Arco Agüero, López Baños, con va- rios batallones, se sublevaron en la provincia de Cádiz, y O'Donnell, conde del Abisbal, encargado de perseguirlos, se unía al movimiento sublevándose en Ocaña con toda su división.

La guardia real se subleva en Madrid el 7 de Julio de 1822, para resta- blecer el despotismo.

En 1824 se pronunció Besieres con cuatro compañías del regimiento de San- tiago, contra Fernando VII, acusándole de *francmasón* y cómplice de los libe- rales, porque no quiso restablecer el odioso tribunal de la Inquisición.

Valdés, Manzanares, Torrijos, Vidal, Márquez, Chapalangarra, Milans, Mina, todos jefes del ejército, y otros muchos, promovieron sublevaciones durante los diez últimos años del reinado de Fernando VII, y á excepción de los dos últimos, todos perecieron en el campo de batalla ó en el cadalso.

Por aquella época subleváronse también las fuerzas de infantería de marina de la Carraca, muriendo asesinado el gobernador.

Apenas muerto Fernando VII, el general D. Santos Ladrón inauguró la re- belión carlista, muriendo fusilado después de la derrota en los campos de Cas- tilla la Vieja. A pesar de tan desgraciado fin, siguieron su ejemplo los generales Moreno, Eguía, Jáuregui, el conde de España, el teniente coronel Zumalacá- rregui y muchos otros.

En 1835 se sublevaba en Madrid D. Cayetano Cardero con un batallón del se- gundo regimiento de infantería ligera para restablecer la Constitución de 1812.

Poco después pronúnciase también el ejército del Norte, proclamando la misma Constitución.

En 1837, tres mil hombres de la guardia real, acaudillados por tres sargen- tos, se sublevan en la Granja, obligando á la reina Cristina á jurar la Constitu- ción de 1812.

En 1838 los generales Córdova y Narváez intentaron en Sevilla una sedición, que abortó, viéndose obligados á emigrar: el primero murió en la emigración.

En 1840, los ejércitos reunidos bajo el mando de Espartero, apoyaron el pronunciamiento iniciado por el Ayuntamiento de Madrid.

Un año más tarde, los generales Concha, O'Donnell, León y Borso di Carmina- ti, se ponían al frente de una sedición militar en Pamplona, Zaragoza y Madrid, para derribar del poder á los progresistas, á cuyo frente figuraba Espartero.

En 1843, Prim, Ortega, Serrano, Narváez, Concha, Figueras, Lara, Aspiroz y otros muchos jefes, unos por sí solos y los más al frente de las fuerzas de su mando, capitanearon la insurrección que derribó al regente.

En aquel mismo año, Ametller, Martell, Bellera, Baiges, Par, Herbella y

otros varios, se sublevaron en Cataluña al frente de varios batallones, proclamando la Junta Central.

El capitán D. José Ordax Avecilla secunda el movimiento en León, y otros jefes y oficiales toman una parte muy activa en los movimientos de Vigo y Zaragoza.

A principios de 1844, el coronel Boné se pronunció en Alicante contra la dominación moderada, secundándole en Cartagena los generales Santa Cruz y Ruiz. El coronel Boné y más de veinte jefes de la extinguida milicia nacional, fueron fusilados: los sublevados de Cartagena emigraron á la Argelia.

Algunos meses más tarde fueron fusilados Zurbano y sus hijos, á consecuencia de una conspiración abortada.

En 1846 se sublevó casi toda la guarnición de Galicia á las órdenes de los brigadieres Solís y Rubín de Celis, y el general Iriarte los secundaba también en Castilla la Vieja.

En 1848 los dos Ametller y Bellera renovaron la guerra civil en Cataluña.

En el mes de Mayo del mismo año se sublevó en Madrid el comandante Buceta con el regimiento de España, y en Julio los comandantes Portal y Gutiérrez se insurreccionaron en Sevilla con un batallón y tres escuadrones de caballería, viéndose obligados á emigrar á Portugal.

A principios de 1854 se sublevó en Zaragoza el brigadier Hore al frente de su regimiento, y murió asesinado porque otros jefes comprometidos se negaron á cumplir su palabra.

En Junio del mismo año, los generales Dulce, O'Donnell, Messina, Ros de Olano, Echagüe y Serrano, al frente del regimiento del Príncipe y de dos mil caballos, se sublevaron en el Campo de Guardias, Madrid. Pocos días después el coronel Manso de Zúñiga en Barcelona, y La Roche, capitán general del Principado con toda su guarnición, secundaban aquel movimiento, al que se adhirió antes de finalizar el mes de Julio todo el ejército.

En 1855 el comandante Corrales sublevó en Zaragoza dos escuadrones á cuyo frente salió de la ciudad proclamando á Carlos VI, muriendo poco después fusilado y siendo dispersada su tropa.

En Julio de 1856, el general Ruiz, comandante general de la provincia de Gerona, se sublevó con las tropas de su mando contra el gabinete O'Donnell-Ríos Rosas: el capitán general de Galicia hizo lo mismo; el de Aragón se sublevó en Zaragoza; el general Gurrea capitaneaba la insurrección de Logroño, y el regimiento de Aragón con su coronel al frente secundó el movimiento.

En Julio de 1859 se descubrieron, cuando estaban á punto de estallar, sediciones militares con objeto de proclamar la república, en Alicante, Sevilla y Olivenza.

En 1860, el general Ortega, capitán general de las Baleares, con más de tres mil hombres, se presentó en San Carlos de la Rápita con objeto de proclamar á Carlos VI, abandonándole sus tropas y muriendo fusilado en Tortosa.

El 3 de Enero de 1866 sublévase Prim en Alcalá al frente de los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava, viéndose obligado á refugiarse en Portugal.

En 22 de Junio del mismo año tuvo lugar la famosa insurrección de los artilleros del cuartel de San Gil en Madrid.

En Setiembre de 1868 iníciase en Cádiz por la marina y la guarnición de la plaza la Revolución de Setiembre, que echó por tierra la secular monarquía española.

El 3 de Enero de 1874 el capitán general de Madrid al frente de la guarnición se rebela contra la república y disuelve las Cortes Constituyentes.

En Diciembre de 1874 el general Martínez Campos, en Sagunto, proclama á Alfonso XII.

Durante la restauración ocurren la sublevación de Badajoz y de Santo Domingo de la Calzada, y las trágicas intentonas del capitán Mangado y los fusilamientos de Ferrándiz y Bellés; ahora en tiempo de la regencia acaba de presenciar Madrid la sublevación de parte de dos regimientos proclamando la república.

En lo que va de siglo no ha cesado la burguesía de cometer torpezas desde el poder y de agitarse en el club y en el cuartel cuando se ha hallado en la oposición.

Entre tanto el país ha vivido y vive en constante perturbación, vacilante como el que carece de camino verdadero, prodigando sus alabanzas un día al héroe de la fortuna y confundiendo con su anatema después al que acaba por descubrir bajo el oropel de la popularidad la más vulgar ambición.

Setenta años de interinidad pasados en conspiraciones, pronunciamientos, programas, discursos, motines, dictaduras, guerra civil acusan de incapaz á esa burguesía, que no ha sabido en tanto tiempo sustituir con un régimen de paz y progreso al régimen absoluto enterrado con el cadáver de Fernando VII.

El pueblo trabajador, que ansía vivir y trabajar libre de explotadores y mandarines, reniega de esa burguesía que le tiene sometido al capitalismo en tiempo de paz, y que le ha llevado y trata aún de llevarle á las barricadas cuando no puede dominar la ambición desmesurada que la devora; reniega también del militarismo, su cómplice, cuyas principales glorias consisten en haber derramado sangre española en defensa alternativa y hasta periódica de la reacción y de la revolución, pero con el único fin de proveerse de galones y entorchados. En el concepto revolucionario el ejército es como el prestamista, que saca de un apuro á condición de crear otros mayores para después. El militarismo es á la nación lo que la usura para el individuo. Esto es lo que preparan al pueblo, tanto los que quieren mucha infantería, mucha caballería y mucha artillería, como los que no cesan de practicar el soborno.

El pueblo trabajador tiene ideales propios, y hoy agrupándose como clase social fuera y opuesta á todos los partidos políticos burgueses es la única esperanza del progreso, cuya fórmula es: abolición de toda explotación y de todo gobierno, y universalización del patrimonio universal. — L.

#### LA JORNADA DE OCHO HORAS

**G**RANDE es el poder de la asociación, á ella somos deudores de la realización de los más grandes y de los más nobles propósitos que haya podido concebir el pensamiento, en ella confiamos, no sólo para mantener las conquistas de la civilización, sino para trabajar con fruto en la obra del progreso.

Cuando la asociación se propone un fin racional, su organismo está bien entendido y combinado y sus miembros se hallan animados por la constancia, su poder es incontrastable; por pequeños que parezcan, sus componentes alcanzan los últimos límites de lo posible, colocados mucho más lejos que lo que los supone la generalidad; es como esas inmensas moles de que nos habla Michelet, agrupaciones que merecen el nombre de continentes y cuya unidad son los restos de insectos microscópicos.

La asociación sólo tiene un enemigo temible: la asociación.

Asóciense los trabajadores para alcanzar su emancipación, asóciense los privilegiados para negársela. Carecen los primeros de instrucción,

tiempo y capital; tienen los segundos por suya la universidad, pueden disponer de las horas á su antojo y monopolizan toda la riqueza producida; tienen los unos contra sí las leyes, son los otros legisladores.

Dos fuerzas iguales y opuestas se neutralizan; una superior vence á otra inferior. La asociación de los privilegiados tiene, pues, todas las condiciones necesarias para destruir á la de los desheredados.

Si los proletarios se asocian para cooperar, los privilegiados que ven, no sólo un concurrente, sino unos clientes menos, tienen medios para ahogar la sociedad naciente, á menos que les convenga para ulteriores fines dar la mano á unos cuantos proletarios para elevarlos á la categoría de burgueses. Si se reúnen por oficios para imponer una tarifa en que se consigne aumento de jornal ó disminución de horas de trabajo, raro es el caso en que la caja y el crédito del burgués no pueda dar buena cuenta de la caja de resistencia obrera. Y es que combatir los males de lo existente con lo que participa de la causa del mal, podrá á lo sumo producir los efectos de un paliativo, nunca será un remedio radical.

Hállase, pues, el proletario entregado á los efectos del desbarajuste autoritario y capitalista de la sociedad presente, y mientras á ella se someta, mientras como trabajador se contente con regatear con el usurpador de los medios de producir un real más ó una hora menos de su salario, y como consumidor no piense más que en cooperar para comer más barato, siempre tendrá sobre sí el peso de la clase dominante que legisla, gobierna, manda, explota y despilfarra.

En tal situación es inútil pensar en el esfuerzo individual para aquello en que la acción combinada de muchos fracasa por ineficaz.

No menos inútil es confiar en la eficacia de la política, cuya acción se limita al arte de gobernar á los hombres considerados como incapaces de entenderse sin una autoridad que les guíe, pasando por la contradicción de encargar á unos hombres aquello de que declara incapacitados á todos los hombres, y es nula para dar solución al problema social.

Tiene, pues, el proletariado cerradas todas las puertas de la esperanza. No hay para él mejora parcial posible: si se asocia para cooperar, aplástale la concurrencia capitalista; si se asocia para resistir, aun suponiendo que triunfe en luchas parciales, nivélense los precios de la mano de obra con los de los productos, y lo que gana como productor lo pierde como consumidor.

Mas, á pesar de la ineficacia de los medios hasta aquí aconsejados para alcanzar su emancipación, el proletariado no puede renunciar á ella; necesita abrirse camino para llegar á las grandes justificaciones que guarda el porvenir. Tiene conciencia de su derecho y un ideal, y en tales condiciones no es apto para sobrellevar la condición servil á que le tiene condenado la sociedad presente. El conocimiento del derecho y la aspiración á la libertad comprimidos por una tiranía, sea política, sea económica, produce necesariamente una explosión revolucionaria al menor incidente que sobrevenga, á la manera que las materias explosivas contenidas en una mina explotan cuando les toca la chispa fulminante.

Necesítase, pues, adoptar una conducta negativa, ya que no la hay positiva que conduzca á un fin racional y práctico. Es indispensable que el proletariado organice la lucha para el triunfo de su ideal.

No puede ser esta lucha aquella en que la burguesía tiene probada su superioridad por los grandes medios que le proporciona el poder y la riqueza. Nada puede el proletariado contra un ejército que, á la severidad de la disciplina, reúne la perfección del armamento; es igualmente impotente para luchar en el mercado con sus pobres cuotas contra el gran capital. Quédale sólo la lucha económica.

Así lo ha comprendido el proletariado en las naciones más productoras y por consecuencia más explotadas; así lo demuestran las grandes manifestaciones del pueblo trabajador en los Estados-Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, etc., al dar como grito de guerra la *jornada de ocho horas*.

No entienden los trabajadores que han iniciado este movimiento alcanzar un estado normal en que mediante un trabajo diario de ocho horas se gane un jornal capaz para atender dignamente á las necesidades del hombre civilizado, eso es una verdadera utopía; propónense hacer guerra á los privilegios de la burguesía, producir perturbación, iniciar el periodo revolucionario que tenga por término la supresión del salario.

Con ello pierde el trabajo el carácter de mercancía pasiva que tiene para los cálculos del burgués y empieza á adquirir el valor activo que le corresponde; sufre una disminución el tiempo destinado á efectuar la ganancia del explotador; obliga á éste á emplear 3 obreros de 8 horas para hacer el trabajo de 2 de 12; imposibilita la realización de los contratos basados en una explotación exagerada; atrae á los trabajadores á la organización y produce un desequilibrio en las actuales condiciones sociales que necesariamente ha de dar ocasión justificada á traer á la práctica las soluciones sociológicas ya reconocidas como de perfecto valor científico.

Contra el estancamiento de la rutina y del privilegio, necesitase el empuje revolucionario, y este empuje, después de efectuada la demostración racional de su objetivo, deben verificarlo los más directamente interesados en que la reforma se lleve á cabo: éstos son los trabajadores, víctimas de siempre que, desengañados de la imposibilidad de pactar dignamente con la sociedad en que vivimos, y empeñados en alcanzar la realización de su ideal de justicia, dejan á un lado las diferencias de escuela y hasta las preferencias personales que les separaban y se agrupan bajo el lema de la *jornada de ocho horas*, con la mira de obtener la consagración de todos sus derechos por la transformación de la propiedad y la supresión del salario.—L.

---

#### EXCURSIONES LITERARIAS

##### II

TE prometí, lector, en mi primera epístola, que en la segunda te diría algo de lo que yo llamo síntesis literaria, y voy á cumplir mi palabra.

Mas antes permítame una pequeña digresión. Te hablé ya del desarrollo de las dos tendencias artísticas que se disputan el mundo de lo

bello, y aunque tú lo habrás deducido por tí mismo, he de suplir hoy mi silencio de ayer, concretando algo que no te dije; qué es y qué se propone el realismo, lapsus que me perdonarás de buena gana si piensas que soy neófito en el oficio y escribo acerca de un asunto hartamente escabroso y no muy fácil de comprender, aun después de estudiado un poco, que no es mucho lo que yo puedo permitirme.

Y digo que no he concretado el concepto del realismo en el arte, porque me he limitado á negar una opinión errónea, y esto, ciertamente, no basta.

El realismo, según los críticos y en general según se entiende por el común de las gentes, concede al artista, pintor, músico ó literato, toda la libertad necesaria en la concepción de la belleza, verdadero fin del arte de que ha de dotar á su idea ó tipo; pero es indudable que al sensibilizarla, ha de pedir á la realidad sus formas, ha de sujetar sus creaciones á la esencia pura de la naturaleza humana. Claro es que dentro de esta misma realidad puede el artista, y aun debe, desenvolver libremente el carácter y condiciones de belleza del tipo ó idea concebida, y hasta aquí románticos y realistas apenas discrepan. Pero precisamente al llegar á este extremo ya no hay entre ambas escuelas acuerdo posible. ¿Por qué? Porque mientras el romanticismo se remonta, á partir del hombre, hasta la perfección absoluta, el realismo se detiene y aun huye de este absoluto, y como tal imposible, á la manera que pudiera huir cualquier hombre de razón libre y práctica, del absoluto teológico ó metafísico, verdadera incógnita de un problema insoluble, inventado para trastornar todos los principios de la matemática especulativa, de la filosofía, en fin.

No excluye el realismo, como afirman los románticos y se cree por muchos erróneamente, *el ideal*; no es el realismo una imitación servil de la naturaleza. El realismo quiere y mantiene y desenvuelve *el ideal*. ¿Cómo? Pues á la manera que la moderna filosofía lo hace: sustituyendo á las quimeras religiosas, las aspiraciones humanas; de tal modo, que existe entre el idealismo romántico y el de la escuela realista la misma diferencia que hay entre las predicaciones del misticismo y las innovaciones de la filosofía positivista. El ideal humano suplantando al ideal divino, tal es el realismo.

Y digo más. Que si hubiera quien de otro modo lo juzgara y otro fuera el valor de aquella palabra, desde tal instante el realismo dejaría de llamarse arte, sería una industria.

¿Satisface la moderna tendencia, no sólo á las condiciones de toda obra artística, sino también á las exigencias de una época en que las ideas se agrandan más y más en el molde de lo humanamente posible y hacedero, abiertas las válvulas del deseo, libres la razón y el pensamiento?

Hémos aquí, amigo mío, de lleno en el verdadero objeto de esta segunda carta.

¿Crees tú que una literatura, que por ser obra exclusiva de una clase mesocrática, no pasa más allá de las fronteras de ésta, y no conoce, por

tanto, otro mundo que el de la casta dominante ó el del poder caído, basta á los fines humanos del momento?

Presumo que no y en ello me complazco.

Nuestros artistas carecen hoy, como la sociedad en que se inspiran y viven, de ideal. Gastada, física y moralmente, la clase media; realizado cuanto había deseado realizar; desmoralizada por completo á la par que sus propias obras, sus instituciones, sus leyes y sus costumbres, es impotente para la vida del arte, del mismo modo que lo es para la de la Justicia y la Libertad. Nuestros artistas, digo, pues, y por ende nuestros literatos, caen en esa misma impotencia, faltos de una idea nueva que les engrandezca é ilumine. Nacen siervos humildes de las costumbres de su tiempo y de su mundo, se desarrollan bajo la presión de un organismo corrompido, pero poderoso, y vienen prestando homenaje á la balumba inmensa de iniquidades y honores que á todos alcanzan y á todos duelen, pero que sólo hemos de agradecer á esa raza de revolucionarios repletos que hoy rigen los destinos de los pueblos.

Observa, lector, cerca de tí. ¿Qué hay por todas partes, aun entre nosotros mismos? Escepticismo. ¿Qué ideales, nobles, bellos, animan á nuestra generación? Ninguno. Un positivismo falso y grosero nos subyuga; un afán de materializarlo todo, aún á costa de nuestra propia anulación, como seres pensantes, nos esclaviza. Estamos prostituídos. Bien entendido que hablo en general.

La facultad estética ó potencia de arte, que dice Proudhon, duerme en nosotros y miente en nuestros artistas. Si alguno se atreve á romper con la tradición, cuida bien de velar sus propósitos, de tal modo que escapen siempre y por completo á la perspicacia más refinada del lector más atento. En tales casos hay que dar al libro, por ejemplo, alcances que quizás no tiene, apelando á la deducción, á supuestos hartos aventurados. El novelista, el poeta, el pintor, renuncian á libertarnos de tan penoso trabajo. Ahí están nuestros primeros genios para comprobarlo. Los temas son los mismos de otros tiempos y otras generaciones; la forma y el propósito tan sólo son distintos. Mas estas formas les permiten que cada uno, según sus ideas, así juzgue del fin convencional de la obra como del valor artístico de las mismas.

Realistas é idealistas trabajan á porfía por mantener el *statu quo*. Los primeros por su carencia de ideales nuevos, justifican recientemente la acusación de simples imitadores de la naturaleza; los segundos, como sacerdotes de una religión en decadencia, en lugar de dioses, crean y nos ofrecen monstruos.

«El arte ha traspasado su objeto, hay que asegurar con el espiritua-  
lista Cousin, no atiende ya á la humanidad, ya no produce más que ridículas quimeras sin interés ninguno para nuestra alma, ó bien si ha sido muy humano, muy real y muy nuevo, se ha quedado muy atrás de su objeto, no ha podido alcanzar más (1).»

---

(1) De *Lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno*.

Es, pues, precisa una solución. ¿La tenemos ya? ¿Hay, por el contrario, que buscarla?

No temo afirmar lo primero. En el arte, como en política, como en filosofía, como en ciencia social, como en la naturaleza misma, todo es antinómico, y aunque al parecer contradictorio, conciliable y por tanto armónico.

«Tal vez, dice Proudhon en su *Du principe de l'art*, cause el asombro de alguno de éstos (los artistas), al afirmar que el arte como la propia naturaleza, es á la vez realista é idealista; que es de igual manera imposible á un pintor, á un estatuario, á un poeta, eliminar de su obra, bien sea lo real ó bien lo ideal, pues si lo intentase, cesaría por eso mismo de ser artista.»

Y en efecto ¿qué significa una obra de arte si se prescinde del ideal y se atiende tan sólo á lo real ó natural? La naturaleza misma no nos revela todo lo que en el mundo puede ser objeto de creación artística. Hay, pues, que seguirla, continuarla, sorprender sus secretos, descubrir en ella lo *ideal*.

¿Qué valdría, por el contrario, una creación puramente ideal, desprendida en absoluto de la naturaleza y la realidad? La mitología misma se ha visto obligada, para crear sus figuras, á recurrir al hombre, y al mundo real. Agrandándole ó deformándole, solamente ha podido legar á la posteridad ese ejército abigarrado de divinidades, que hoy son la irrisión de las gentes.

Este ideal de que yo te hablo, tan necesario al arte como la realidad misma «es la humana naturaleza que quiere representarse á sí misma, bajo una forma mágica que en nada la desfigure y que por el contrario la engrandezca (1).»

Tal es hasta en los mismos doctrinarios el reflejo exacto de la verdad en lo que al arte se refiere. Y sólo con aquella condición puede el realismo aspirar á las premisas del mundo artístico; á trueque de servir al ideal, de no reducirse á una simple reproducción fotográfica de Universo y del hombre.

Mas ¿cuál es ó debe ser la naturaleza de este ideal? ¿Cómo distinguir el arte realista del romántico y sus variaciones, si aquél y éste van á ser esclavos de un mismo señor?

¡Ay, amigo lector! En este laberinto de teorías, que debemos á un tiempo en que la crítica ha dado á las ideas un mundo tal, multiplicándolas prodigiosamente, que apenas podemos entendernos ¡cuán fácil es extraviarse!

Pero, en fin... Mas no: perdóname por hoy. Ahí queda roto el hilo ó la soga de mi discurso y son dos las faltas que dispensarme tienes. La primera que proponiéndome hablar de literatura, sólo lo haya hecho del arte en general; la segunda, esa maldita *rotura* que supone una tercera carta y una nueva jaqueca que han de ocasionarte mis insulsas digresiones. ¡Y plegue á todos los dioses por los humanos adorados que pueda así de una vez y para siempre dejarte en paz, tu invariable — HOPE.

(1) Cousin, *Lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno*.

## UNA PREOCUPACIÓN

Pretendida gandulería de los obreros no catalanes

## II

OTRA de las causas que influyen poderosamente en el aprovechamiento y buen cultivo de las tierras, es el modo de ser de la propiedad.

Los castellanos creen que en Cataluña, gracias á la costumbre de nombrar *hereus*, la propiedad está concentrada en pocas manos, y lejos de ser así, nuestra región es una de aquellas en que la propiedad territorial se encuentra más dividida. Apenas hay labrador que no tenga un trozo de tierra, por más que éste diste en la mayoría de los casos de bastar á la satisfacción de sus necesidades. La gran propiedad es una excepción en Cataluña.

En los 27 kilómetros que median entre Reus y Montblanch, provincia de Tarragona, se expropiaron cuatrocientas y pico de parcelas, cuando se dió principio á las obras del ferro-carril de Reus á Lérida; casi hubo que expropiar otras tantas en el trayecto de 49 kilómetros que sigue el ferro-carril de Granollers á Vich, en la provincia de Barcelona, y no es menor la división de la propiedad en la provincia de Gerona.

En Cataluña no tenemos esas enormes dehesas que en Castilla y Extremadura constituyen el patrimonio de una sola familia, ni esos cortijos andaluces que podrían mantener holgadamente á todo un pueblo.

Nuestra estadística, bajo el punto de vista de la propiedad territorial, es en extremo defectuosa. Para el objeto que nosotros nos proponemos, necesitaríamos conocer provincia por provincia, el número de propietarios, de colonos y de arrendatarios, mas no en globo como nos lo da el *Censo de población de 1877*, sino por separado. Necesitaríamos más: necesitaríamos conocer el número de propietarios agrícolas clasificados según la cantidad de tierras poseídas; por ejemplo: propietarios de una extensión de terreno menor de una hectárea, que son los más; de una á diez hectáreas; de diez á ciento, y, por último, de este número en adelante.

Desgraciadamente, nuestra estadística nada reza acerca de esto, y tendríamos que acudir á los amillaramientos de cada término municipal, y ni aun así podríamos estar seguros de poseer datos exactos. En España tenemos el axioma de que *al que dice la verdad le ahorcan*, y no hay español que no haga lo posible por ocultarla, siempre que de sus relaciones con el fisco se trata. Tenemos también otro axioma: el de que *robar al Estado no es delito*, y bajo este punto de vista apenas hay español que no sea ladrón. El Estado suele nombrar investigadores para averiguar la verdad, mas estos funcionarios son los primeros en enseñar á los pueblos el medio de ocultarla, y su nombramiento sirve únicamente para hacerles el caldo gordo á ellos en particular, sin que nunca haya servido para hacer ingresar un céntimo más en las arcas del Tesoro.

No pudiendo, pues, tener datos exactos acerca de la división de la propiedad territorial, nos valdremos de los del censo oficial, por más que

sean tan defectuosos que falten en ellos por completo los de provincias enteras. Hélos aquí:

III.—NÚMERO DE PROPIETARIOS, COLONOS  
Y ARRENDATARIOS  
POR KILÓMETRO CUADRADO

1 Asturias (1) . . . . .	25,80
2 Galicia, ( <i>falta la Coruña</i> ) . . .	15,98
3 Santander . . . . .	13,72
4 Vascongadas.. . . .	10,00
5 Cataluña, ( <i>falta Lérida</i> ) . . .	6,00
6 Navarra. . . . .	5,96
7 Valencia, ( <i>sólo tenemos los da- tos de Castellón</i> ) . . . . .	5,31
8 Logroño. . . . .	3,68
9 Canarias. . . . .	3,51
10 Castilla la Vieja, ( <i>falta Sego- via</i> ) (2). . . . .	3,06
11 León, ( <i>falta Zamora</i> ). . . . .	2,31
12 Aragón.. . . .	2,22
13 Andalucía, ( <i>faltan Cádiz y Córdoba</i> ). . . . .	1,94
14 Murcia.. . . .	1,81
15 Castilla la Nueva. . . . .	1,68
16 Extremadura, ( <i>falta Cáceres</i> ). .	1,66

IV.—NÚMERO DE HECTÁREAS  
QUE CORRESPONDEN Á CADA PROPIETARIO  
COLONO Ó ARRENDATARIO

1 Asturias. . . . .	3,87
2 Galicia, ( <i>falta La Coruña</i> ).. .	6,23
3 Santander. . . . .	7,29
4 Vascongadas. . . . .	10,00
5 Cataluña, ( <i>falta Lérida</i> ). . .	16,66
6 Navarra. . . . .	16,80
7 Valencia, ( <i>sólo tenemos los da- tos de Castellón</i> ). . . . .	18,87
8 Logroño. . . . .	27,17
9 Canarias. . . . .	28,49
10 Castilla la Vieja, ( <i>falta Sego- via</i> ) (3). . . . .	32,68
11 León, ( <i>falta Zamora</i> ). . . . .	43,29
12 Aragón.. . . .	45,04
13 Andalucía, ( <i>faltan Cádiz y Córdoba</i> ). . . . .	51,54
14 Murcia.. . . .	55,24
15 Castilla la Nueva. . . . .	59,52
16 Extremadura, ( <i>falta Cáceres</i> ). .	60,24

En ambos estados faltan también los datos de las Baleares.

De estos datos resulta, que Cataluña ocupa el quinto lugar en la escala de la división de la propiedad territorial, en tanto que nuestras provincias centrales, Castilla la Nueva y Extremadura, ocupan respectivamente el décimo quinto y décimo sexto.

No hay para qué decir, que cuanto más repartida está la propiedad más esmerado es su cultivo.

Por otra parte, el sistema de aparcerías, tan extendido en Cataluña; sistema que, por más que tenga muchos defectos, tiene la ventaja de sacar al labrador de la categoría de simple jornalero para elevarle á la de copartícipe del propietario, contribuye en gran manera al buen cultivo de las tierras, haciendo que el labrador considere como suyas las que trabaja.

Hay otras varias causas que influyen, casi tanto como las dos que dejamos enunciadas, en el aprovechamiento y buen cultivo de las tierras. Continuaremos su estudio en otro artículo.—G.

(1) En Asturias y Galicia la propiedad está tan subdividida que, según una exposición elevada en 5 de Julio último al ministro de Hacienda, hay pueblo en aquellas regiones que tiene de 30 á 40,000 pequeñísimas fincas.

Según una estadística del movimiento y cargas de la propiedad inmueble en Galicia en los años 1871, 72 y 73, se inscribieron por primera vez en los registros de aquella región durante dichos tres años 58,333 fincas rústicas; celebrándose durante dicho trienio 75,373 actos ó contratos de enajenación de fincas.

(2) y (3) Santander y Logroño se cuentan aparte.

## VIRTUD Y DEBER

EN una organización social en que las instituciones, las leyes y las costumbres mantengan en vigor las jerarquías opuestas á la *Igualdad*, el predominio de esas mismas jerarquías superiores contrario á la *Libertad*, y el monopolio y la explotación que escarnecen la *Justicia*,

los individuos que se sienten inspirados por el bien, practican la VIRTUD, y al hacerlo así, se elevan sobre el nivel moral de su tiempo.

Los individuos virtuosos, más ó menos conscientemente, protestan contra la insuficiencia moral de la sociedad en que viven y preparan la evolución progresiva para la conquista de las reformas.

La existencia de individuos más justos que la sociedad de que forman parte es un hecho constante, no interrumpido en la serie inmensa de generaciones que constituyen la vida de la humanidad, y merced á él, podemos apreciar el progreso realizado hasta nuestros días, y gozar anticipadamente del que se efectuará en lo porvenir, mediante la concepción científica de una sociedad basada en los indestructibles principios de la sociología.

Pero si la *virtud*, como excepción del mal en una sociedad injusta, y como elemento de progreso, es meritísima; considerada en abstracto es injusta, por cuanto impone á los que la practican la obligación de dar más bien del que reciben, y lo que es más, de dar bien en cambio de mal.

Así, pues, todo sistema religioso, filosófico ó social que se funde en la *virtud*, es inmoral, es injusto.

A la *virtud*, necesidad del presente y del pasado, ha de reemplazar el *deber*, necesidad del porvenir, que significa el cumplimiento de las funciones reservadas á cada uno en un organismo social.

Si suponemos una sociedad fundada en la estrecha reciprocidad de los deberes y los derechos, un conjunto de instituciones en armónica correspondencia con la naturaleza humana, en que cada individuo dé á la sociedad con justa proporción de lo que ésta da á cada uno, todos cumplirán su *deber*, todos serán justos, y la *virtud* habrá pasado á la historia por inútil y vacía de sentido.

El DEBER, pues, supone una sociedad sin fronteras que aislen los pueblos, sin gobernantes que legislen atendiendo sólo á sus intereses, sin holgazanes acaparadores de la riqueza producida por los pobres trabajadores, sin charlatanes que vendan indulgencias á crédulos é ignorantes.

¿Será dado á la humanidad alcanzar algún día sociedad semejante? Si hay quien se atreva á responder negativamente, que renuncie para siempre á invocar el progreso, porque éste, si es un hecho evidente con respecto á lo pasado, es una promesa de cumplimiento infalible para lo porvenir, y no hay nadie capaz de señalarle límites en su marcha ascendente hacia el perfeccionamiento, aunque otra cosa digan cuatro necios conservadores ó reaccionarios.

Tenemos pues:

VIRTUD, idea complementaria con que los buenos procuran reparar el déficit moral en que se han hallado y se hallan las sociedades humanas; que quieren hacer permanente los que niegan á la humanidad el poder de alcanzar una forma social justa, sin tener en cuenta que es absurdo, inmoral é injusto pedir á los hombres que presenten la otra mejilla al que le haya abofeteado.

DEBER, idea de reciprocidad que suave y dulcemente obliga al hombre

á llenar su función social en perfecta y equitativa compensación de los beneficios que de ella recibe.

¿Cuál, pues, es la obligación del hombre con respecto á estas dos ideas VIRTUD, DEBER?

Imponerse la *virtud* de inspirarse en el *deber* para limpiar la sociedad de todos los errores tradicionales y procurar armonizarla con la justicia; es decir, ser revolucionarios.—L.

### MISCELÁNEA

SE ha celebrado en París la Conferencia internacional organizada por el Comité de la Exposición obrera, cuya orden del día publicamos en números anteriores. Hé aquí sus principales acuerdos: Prohibición del trabajo á los niños menores de 14 años.—Protección especial á los niños y á las mujeres.—Fijación de la jornada de trabajo en ocho horas.—Prohibición del trabajo de noche, salvo ciertos casos determinados.—Establecimiento de un *mínimum* de salario en todos los países, que permita al obrero y su familia vivir decentemente, etc., etc. El encargado de poner en actividad los verbos expresados en dichos acuerdos es el Estado, que *prohibirá, protegerá, fijará, establecerá*, etc., cuanto los delegados reunidos en conferencia el mes pasado han tenido á bien encomendarle. Un periódico califica esto de triunfo del socialismo científico. Si el socialismo no tuviera soluciones más científicas que encargar al Estado, perpetuador constante de los privilegios, la garantía de las reivindicaciones proletarias, más valdría que los proletarios renunciasen para siempre á su emancipación. Con esto se ahorrarían un terrible desengaño.

La Comisión interina de las ocho horas nos ha dirigido una circular manifestando que se halla constituida en virtud de una reunión verificada en Barcelona el 12 del corriente, formada de delegados de 68 corporaciones obreras, en la que se acordó por unanimidad organizar las fuerzas obreras para reclamar la jornada de ocho horas.

Este documento contiene una excitación á todas las sociedades obreras para que se adhieran al movimiento, fundada en sólidas razones. Sus dimensiones y la falta de espacio nos impiden reproducirlo.

Hemos recibido atenta comunicación de la sociedad *Luz de Castilla*, de Valladolid, invitándonos á los exámenes de la escuela laica patrocinada por aquella sociedad. Agradecemos la invitación, y, en la imposibilidad material de aceptarla, expresamos nuestros plácemes á aquellos dignos castellanos que trabajan por emancipar á la niñez de las tinieblas del dogma.

Hemos recibido el folleto *Fuera Política*, escrito por nuestro compañero Lorenzo, y cuyos productos se destinan á la Comisión de suscripción de los presos á consecuencia de la huelga de albañiles de Barcelona. Los pedidos diríjanse á Francisco Fo, Illa 19, Sabadell, y Antonio Serra Furnells, Sepúlveda, 190, 2.º, Barcelona.

### BIBLIOGRAFÍA

**Las crisis monetarias, bursátiles, mercantiles é industriales.**— Conferencias dadas en el Ateneo Barcelonés por Juan Tutau, ampliadas y adicionadas con notas y apéndices, precedido de un prólogo de D. Francisco Pi y Margall. — No podemos empezar mejor la reseña de este folleto que repitiendo las palabras finales del prólogo del señor Pi: «Felicito de todas veras al Sr. Tutau por sus tres conferencias, aunque no en todo esté de acuerdo con sus teorías. *In dubiis libertas.*» Nosotros tampoco estamos acordes con el Sr. Tutau, pero colocándonos bajo su punto de vista, es decir, prescindiendo de nuestras convicciones colectivistas, hemos de reconocer que el libro del señor Tutau es, no solamente una obra buena, sino que llega á ser una buena obra, una obra de caridad que hace, tanto á los pocos proteccionistas de buena fe desilusionándolos de las fantasmagorías del interés nacional y del bienestar de los trabajadores todos con que el egoísmo hipócrita de cierta gente trata de explotar la credulidad del público incauto, como también á las clases opuestas al socialismo, abriéndoles los ojos respecto al estado actual de la situación económica del mundo y demostrándoles la necesidad de transigir con las pretensiones del cuarto estado, como por lo demás ya

se hace en muchos países. Hasta las advertencias y los consejos que el Sr. Tutau dirige al cuarto estado no dejan nada que desear desde el punto de vista político; es decir, cuando se acepta la teoría de que el problema social consiste simplemente en mejorar la posición de los obreros hasta donde cabe mejora y perfeccionamiento. Por parte de una persona que cree que «la ciencia sociológica no ha presentado aún un sistema *acceptable* que pueda sustituir á la actual organización social; que por consiguiente ésta ha de continuar en lo esencial, reduciéndose la aspiración legítima del cuarto estado á equipararse á las tres otras,» es muy lógico y natural todo cuanto el señor Tutau dice á los obreros, y éstos no pueden menos de estarle agradecidos por la manera enérgica como defiende los intereses de los mismos, tal como él los entiende.

Somos, pues, bastante razonables para no pedir peras socialistas al olmo político, somos bastante justos para reconocer que la especie representada por el Sr. Tutau es la menos mala que ofrece el género; mas esta imparcialidad de botánico no debe impedirnos de mirar las cosas bajo el punto de vista práctico del agricultor, para quien es cizaña en un campo dado toda planta que no quiere cultivar, aunque no sea dañina en sí, cosa que no puede afirmarse con respecto á la cizaña política en los campos del socialismo. Al contrario, cuanto más se parecen exteriormente los políticos á los socialistas, más peligro hay de engaño para los incautos. Muchas frases y algunos párrafos enteros no dejan nada que desear. «Siempre son sensibles los quebrantos de una clase; pero por numerosa y digna de respeto que ella sea, jamás sus intereses deberán oponerse á los intereses colectivos.» ¿Acaso decimos otra cosa nosotros? «La solidaridad de todos los hombres y de todos los intereses es ley de progreso; insensatos los que intenten contenerla. No en el egoísmo, sino en la confraternidad ha de hallarse el remedio á los males que un individualismo exagerado ha producido; no volviendo la vista á lo pasado, sino inspirándose en aquellas leyes ineludibles que marcan á la humanidad el camino que debe seguir.» Lo mismo predicamos nosotros; pero en la frase final del párrafo: «Sólo en la federación *política y económica de los pueblos* pueden tener solución los problemas sociales que tanta gravedad han adquirido en nuestros tiempos,» resulta la diferencia en las palabras marcadas por nosotros, sustitúyanse éstas con *internacional de las asociaciones de todos los trabajadores homogéneos* (del mismo oficio), y la cicuta quedará convertida en peregil.

El folleto del Sr. Tutau puede resumirse perfectamente en la célebre frase de las iglesias cristianas: *gloria in excelsis deo auro et pax in terra hominibus bonæ voluntatis*, ó sea en romance: Viva el oro y el goce pacífico de la cantidad que á cada uno le toque. Resumido así resalta otra vez la engañadora apariencia de buen peregil cuando en el fondo no es más que cicuta la que se nos ofrece. El Sr. Tutau toma por punto de partida de sus reformas y mejoras de la organización social de la que «no podemos estar muy orgullosos los hombres del siglo XIX,» esta misma organización, y le horroriza toda teoría cuya aplicación «no dejaría de conmover los fundamentos de la sociedad.» No se le oculta al Sr. Tutau que es pésimo el fruto que da la sociedad actual, pero no quiere aplicar á ese árbol el remedio que hace dieciocho siglos y medio indicó el gran socialista hebreo, cuyo nombre siguen profanando los hipócritas que ostentan adorarle para practicar lo contrario de sus doctrinas. «Todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego,» y «por sus frutos los conoceréis,» dijo el Cristo. Por los frutos que la República democrática federal de los Estados Unidos da, conocemos lo que es ese árbol, el más perfecto que hasta hoy ha producido la vegetación política. Es verdad que el ideal del Sr. Tutau es infinitamente más perfecto que esa realidad; pero también es verdad que ya van dieciocho siglos que nos predicán un cristianismo que en vez de realizarse se aparta cada día más del ideal de su fundador y de sus pocos secuaces de buena fe, que tan pocos son que entre los 400 millones de cristianos nominales que hay en el mundo, apenas si se encontraría un centenar que merezcan el nombre. Entre los miles de políticos que se dicen correligionarios del Sr. Tutau ¿cuántos hay, fuera del elemento obrero, que aceptan sus ideas? Los poquísimos que contentos con la fortuna más ó menos grande que poseen, no aspiran á más que á disfrutarla tranquilamente, y estos pocos aún se reducirían considerablemente si se tratase de reconocerles tan sólo la fortuna legítimamente adquirida. ¿No cree el Sr. Tutau que el mismo trabajo y esfuerzo que se necesitaría para poner por obra su pastel de transacciones, bastará para establecer de una vez para siempre una organización social justa, sobre fundamentos nuevos, aceptables desde luego para las nueve décimas partes de la humanidad actual, puesto que ganarán con el cambio, mientras que los restantes no perderán más que sus privilegios?

No queremos ahondar más en el folleto del Sr. Tutau para que no diga que nos inspiramos en «rencorosas pasiones contra los que dentro de las leyes, en el libro, en la

prensa ó en el parlamento defienden nuestra causa,» si manifestamos la poca fe que tenemos en la sinceridad de los autores que nos dicen que los intereses de una clase no deben jamás sobreponerse á los intereses de la colectividad y luego declara inaceptable todo sistema que se propone garantir los intereses de la colectividad contra la explotación por parte de la clase á que ellos pertenecen. Preferimos tener por obcecado por la política que considerar como á farsante consciente á un hombre que nos dice que la sociedad habrá hallado su asiento cuando, «mejor comprendido el mecanismo político, acepten todos los pueblos la división de poderes como en Suiza y en los Estados-Unidos, y reconozcan las autonomías del individuo, del municipio y del Estado;» que los obreros que ganan 12 francos y más deberían estar comprendidos en la burguesía, ya que la generalidad de los médicos y abogados no alcanza resultados más satisfactorios. En fin, se ve claro que el Sr. Tutau, al redactar sus conferencias, no se ha figurado que podrían caer en manos de socialistas; dirige su discurso, como un cura su sermón, exclusivamente á su grey ignorante de lo que pasa fuera de su seno. Así condena el odio que á los chinos tienen los obreros californianos, á los italianos los franceses, etc., etc., siendo así que el odio lo abrigan sólo los obreros políticos; condena las huelgas sin excepción, siendo así que las huelgas en gran parte son promovidas por obreros políticos, y las ha habido cuando no se conocía aún el socialismo; hace ver que los salarios han aumentado en lo que va de siglo y que seguramente aumentarán más pudiendo contribuir á ello los obreros aumentando simple y pacíficamente sus necesidades, como si importara un bleo al obrero ganar cien duros diarios si los ha de gastar todos para satisfacer sus necesidades, y si quiere ahorrar es á costa de la satisfacción de privaciones; aconseja la formación de asociaciones como la de los tejedores de Mataró y la de consumo de Badalona; á las clases explotadoras les recomienda que concedan á los obreros igualdad de derechos políticos, que reduzcan los impuestos (de la supresión de los consumos no dice nada), que movilicen la propiedad haciéndola asequible á las clases desheredadas; prohíbese el trabajo de los niños «y, si á pesar de todo esto los salarios continuasen siendo insuficientes para que el obrero pudiese alcanzar el puesto en la sociedad que le corresponde, vengán á cargo del Estado, además de la instrucción de la clase trabajadora, la fundación de las cajas de ahorros contra la falta de trabajo para casos de enfermedad y para la vejez.»

Esperamos que á nuestros lectores les bastará esta muestra de la benevolencia del Sr. Tutau, para quedar persuadidos de que los obreros deben estarle agradecidos y pedir que se le erija una estatua al lado de López ó de Güell.

**La explotación del secreto**, por Adolfo Belot.—Biblioteca de «El Cosmos Editorial,» Madrid.—La fama de escritor distinguido de que en Francia, y aun entre nosotros, goza A. Belot, hízonos leer con interés esta producción, y desde las primeras páginas sufrimos un gran desencanto. Si fuéramos dados á suponer ciertas malas cualidades en los otros, hubiéramos dicho que, no *La explotación del secreto*, sino la del nombre debiera haberse titulado el libro. Sin la firma de Belot que le autorizara, creemos que mucho tiempo se hubiera estado la edición en los estantes de las librerías. ¿Se ha propuesto algo el autor al pintar esos personajes que viven de explotar con amenazas y otros ardides los secretos de importancia de otros que sorprenden? Lo dudamos mucho, y no creemos que en la realidad se presenten *explotadores de secretos* de la naturaleza que Belot da á los de su novela. No podemos admitir que los personajes que viven de *explotar los secretos*, envueltos de continuo en una intrincada red de intrigas, argucias y asechanzas, den pruebas de torpeza tan supina, ni de candor inconcebible, que vayan á hablar de sus planes criminales con sus criados y otra gente torpe. Esos *explotadores de secretos* se nos asemejan á esos actores que bajo las mal colocadas pelucas de guardarropía, como la nieve canas, descubren el negro de los naturales cabellos.

Con personajes que no anima el soplo de la vida, no es posible hacer en obra literaria estudio alguno de pasiones ni caracteres; la obra literaria no puede resultar un pedazo de la realidad visto á través de un temperamento, como Zola dice, sino una pantomima más ó menos monótona representada por polichinelas movidos, no por el nervio de la vida, sino por el hilo tejido por la fantasía desordenada del autor, prescindiendo de los documentos humanos que una observación inteligente facilita.

Lea *La explotación del secreto* quien crea exagerada nuestras apreciaciones y convendrá en un todo con nuestro parecer.

**Los amores de Felipe**, por Octavio Feuillet.—Obra buena, de lo mejorcito que ha escrito Feuillet. Los personajes dibujados de mano maestra; la intriga admirable-

mente conducida; las situaciones conmovedoras é interesantísimas á la vez que verosímiles; hasta la traducción es buena, correcta y castiza. El estudiante, la marquesa mundana, la actriz de gran reputación, la nobleza de París y de provincias, están notablemente descritos hasta en sus detalles más íntimos.

Llevados de nuestra imparcialidad, censuramos agriamente á Feuillet por haber escrito *La Morte* y al «Cosmos Editorial» por haberla publicado. La misma imparcialidad nos obliga hoy á felicitar á Feuillet, al «Cosmos» y al traductor Sr. Bala, aconsejando á nuestros lectores que no dejen de leer una obra por tantos conceptos digna de elogio.

**Juan Mornas**, por Jules Claretie, traducción de P. San Román, del «Cosmos Editorial.»—En la confusión de intereses antagónicos que constituyen la sociedad presente, cada progreso científico es un nuevo medio proporcionado al perverso contra el honrado ó el desprevenido. La insolidaridad fomenta el egoísmo, y éste se agita y se desarrolla siguiendo la línea recta, sin cuidarse de las víctimas que produce; toma cuanto sirve á su objeto y vése frecuentemente que un descubrimiento inspirado á su autor por el amor á la ciencia y á la humanidad, se convierte en arma egoísta y fratricida. Este es el caso de *Mornas*, estudiante ambicioso y escéptico que, poseído de la idea de que todo hombre tiene una ocasión en la vida para alcanzar la fortuna, cree haberla encontrado sirviéndose del hipnotismo para sugerir un propósito criminal á una joven inocente, con el fin de aprovecharse de los efectos del crimen. De modo que el hipnotismo, poderoso recurso moral y terapéutico, destinado á tener una misión importante en el porvenir, sirve hoy como auxiliar al crimen y al vicio.

El desarrollo de la obra es excelente, los caracteres están magistralmente trazados y todas las situaciones bien sostenidas, amenizadas con ricos detalles que prueban el genio observador del autor.

Recomendamos su lectura á los aficionados á la literatura útil é instructiva de la escuela moderna.

**Problemas sociales**, por Ubaldo Romero Quiñones.—Muchos, muchísimos, y por demás importantes, son los problemas enunciados por el autor; pocas, poquísimas, y por demás erróneas, las soluciones por el mismo propuestas. Más que un estudio de los problemas sociales, es la obra una crítica de todas las escuelas políticas y sociológicas. El autor se declara francamente socialista y se queja de que los obreros se aparten de la política activa. A reglón seguido pasa revista á todos los partidos políticos y los pone de vuelta y media, lo mismo que á sus jefes: un solo partido merece los aplausos del autor, el partido federal-reformista-social-pactista-republicano, etc., cuyos jefes, á la vez que soldados, son los señores Viralta y Quiñones, á quienes pone por las nubes, dejando aparte la modestia. No queremos poner en tela de juicio la valía y los servicios prestados por esos señores; pero de aquí á declarar que Viralta es Dios y Quiñones su profeta, hay alguna diferencia.

A los anarquistas, los pone el autor de azul y oro y los trata casi de antropófagos, declarando que sus apreciaciones son hijas de su crasa ignorancia. Esto no impide que la página más notable de la obra, la única, que es la que trata de las impresiones que debe recibir un médico que visita á una familia obrera y á otra aristocrática, sea un plagio de un folleto del notable escritor anarquista Kropotkine; con la circunstancia agravante de que no sólo se apropia lo ajeno, sin tener siquiera la delicadeza de citar el nombre del verdadero autor, sino que lleva la osadía hasta el punto de tratar de ignorantes y embrutecidos á aquellos en cuyas fuentes bebe.

Sr. D. Ubaldo Romero Quiñones: lo sentimos con toda el alma; pero lo que es por esta vez, *muy mal*.

## ADMINISTRACIÓN

Tienen satisfecha su suscripción hasta fin de año J. A., F. C., P. G., A. G., A. N., C. C., V. S., A. S., J. T., M. U., F. F., M. M., de Sabadell; J. B., de Sevilla; J. R., de Manlleu; J. G., de Montesquiu; F. P., de Reus; F. M., de Madrid. ● M. R., de Valladolid, remitidos recibos y contestación; E. R., de Vitoria, mandado, y no se ha hecho antes por no haber recibido la carta y demás á que haces referencia en tu última; A. A., de Sanfeliu de Guixols, recibidas 6 pesetas; falta segundo semestre. ● Advertimos á los suscriptores que no han remitido el importe del segundo semestre, que si no lo verifican en todo lo que va de mes les consideraremos como bajas. ● Hemos recibido de la Sociedad de Albañiles de Reus la cantidad de 100 pesetas con destino á la Comisión de suscripción para los presos por la huelga de los albañiles de Barcelona. Quedan entregadas á su destino.

Establecimiento tipográfico-editorial LA ACADEMIA, de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona